

COSQUILLAS



ADIVINA, por Demetrio.

*—Sí, ya me figuro lo que están
ustedes pensando... Que lo mejor
que tengo es la piel.*

30 céntimos.



La hermosa actriz alemana ELSA VANHARAM, en la fastuosa película de la Emelka "Sin corazón".

Foto Ernesto González.

COSQUILLAS

REVISTA COMICO
SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

EDITORIAL 1927

Martín de los Heros, 65

Toda la correspondencia al Ap.º 8.032

Precio del ejemplar: 30 cts.

Director: INCORDIEZ

Año II

Madrid, 7 de Mayo de 1927

Núm. 32



Cositas en estado de feto

por

“El Chino desconocido”

Hay momentos en la vida de las gentes, que vienen precedidos de los más horribles truenos y de los más espantables y angustiosos clamores, y después, cuando despejado el cielo de los nubarrones que entenebrecían el asunto... se vive mejor.

A una familia que conozco, agobiada antes por la escasez de la moneda, insuficiente con la que aportaba el *cabeza* para el sustento y ornato de su prole, entre la que contaba con un pimpollo femenino de diez y ocho años, le ocurrió hace pocos meses la *catástrofe de la tripa*, como yo denomi-

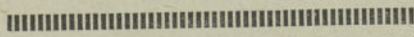
no al tropiezo o ensambladura de una tierna doncella con un señor casado. La catástrofe tuvo momentos de estreno del Azorín: El padre de la entripada pedía a grandes voces un corvo alfanje para cortar a cercén y de un sólo tajo, el origen de la desdicha de su hija: El hermano de la lesionada también con trágico gesto, requería el abastecimiento de papel higiénico para sostener una entrevista con la madre del barrenador de su honra ¡qué sé yo cuántos sofocos! Pues, bien; tan pronto como recibieron un lacrado sobre que una vez *atropellados* los lacres, se vió que contenía diez mil pesetas *para los primeros gastos*, empezaron a florecer las sonrisas en la indignada familia de la deformada señorita.

Y la susodicha familia, vive ahora feliz y orgullosa sobre lo que ellos creyeron al principio que eran las ruinas de su honra.

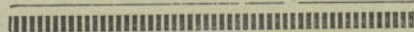
Nota.—El final de esta *cosita*, en estado de feto, me salió tan fuerte, que lo he suprimido para que no digan.

Vuestro (¡Pero que iba a decir!)

EL CHINO DESCONOCIDO.



Este número ha sido revisado por la censura.



Señores Corresponsales de COSQUILLAS:

Desde el presente número 32, recibirán ustedes los envíos por cuenta de la EDITORIAL 1927, editora de COSQUILLAS

Apartado 8.032

NUESTRO NUMERO EXTRAORDINARIO DE PRIMAVERA; ESE ESPANTO DE BELLEZA Y PICARESCA GRACIA, APARECERA EN LA PRIMERA SEMANA. SU PRECIO DE UNA PESETA, ES TAN INSIGNIFICANTE EN PROPORCION A SU VALOR EFECTIVO, QUE SE PUEDE AFIRMAR QUE EL PRECIO ES UNA PULGA EN COMPARACION AL ELEFANTE DE BELLEZA QUE ES NUESTRO EXTRAORDINARIO. ¡QUE NO SE DIGA POR PRIMERA VEZ QUE NO NOS QUEREIS!





Cuestión de lengua, simplemente

Cada vez que nos visitan compañías de comedias francesas—una vez al año, o antes, si hubiera peligro de muerte—, se suscitan en la platea algunas discusiones acerca del realismo interpretativo. Lo que llama más poderosamente la atención de las espectadoras, y también de algunos espectadores, es la forma agresiva, vampiresca, cinematográfica, hambroña, de besarse damas y galanes, apenas tienen que demostrarse unas miajitas de cariño. Acostumbrados a que nuestros faranduleros cuando tienen que besar lo hacen colocando su diestra sobre la faz de la mujer y aplicando los labios precisamente sobre su propio dedo gordo—hay quien le tiene hinchado de tanto representar comedias pasionales—, los besos “de verdad” encienden el rubor en sus mejillas.

Es curiosa esta pudibundez de nuestro público. La otra noche en Fontalba, representando Jean Sarmant, la “Madelón”, de que es autor, no desperdiciaba ocasión de atenzar a la protagonista para osculizarla en los ojos, en la boca, en las rosadas orejitas, con un afán de macho en celo. En la sala se alzó un murmullo prolongado. ¡Rediezla con el tío! Unas damas que ocupaban una platea se ocultaron el rostro unas adolescentes que estaban en butacas buscaban por el suelo algo que fingían habérselas caído, un caballero calvo y gordo, sentado en la primera fila, lanzó unos “¡eh! ¡eh!” en los que se traducían su indignación...

Durante el entreacto los comentarios se hicieron clamorosos:

—¿Hán visto ustedes que manera de aprovecharse el individuo?

—Pues... y ella... ¿han visto ustedes como ella se entregaba sin el menor recato?

Argumento en mano los más comprensivos se esforzaban en demostrar a los protestantes que así tenía que ser: que “Madelón”, por la voluntad de su creador, era una muchacha poco o nada severa, propensa a los amores pasajeros y a no darle importancia a conceder sus besos al primer amiguito que los solicitase, y aun sin solicitarlos; que si no fuera así, no habría comedia...

—Bueno está; pero... ¿Y él?... ¿también tiene él que ser un atrevido?...

—El tiene que jugar su papel; primero enamorado, celoso, dominante... Luego despectivo, fatigado, con ganas de largar a la pobre mujer...

Uno de esos que jamás se enteran intentó poner paz largando un argumento decisivo:

—Y, además, son casados: la actriz es la señora del actor... Pueden extremar el realismo sin que nadie proteste...

¡Para que dijo tal! Cien voces le impusieron silencio:

—¡Si son casados que se amen en su casa... allí tendrán más tiempo!... ¡El escenario no es el reservado de un restaurant de la Bombilla!...

Pero no son casados; la actriz que representa “Madelón”—madame Marcel Geniat, arrogante figura, bello rostro, un “chic” singularísimo en su porte—, no es la señora

de Sarmant. La señora de Sarmant—madame Valmon—, no figuraba en el reparto. ¡Aquello lo explicaba todo! ¡Así estaba en su punto! ¡Sarmant era acreedor a las mayores transigencias!... No siendo su mujer su acometividad podía estar en su punto...

—¡Y, sobre todo, hay que amoldarse a los ambientes, caballeros! Francia no es como España. Allí hay más libertad, es distinto el concepto de lo pecaminoso, no se asustan de nada. Los besos en escena—besos auténticos, calientes, prolongados, sobre los labios—en francés no tienen importancia...

—¿Cuestión de lengua, entonces?...

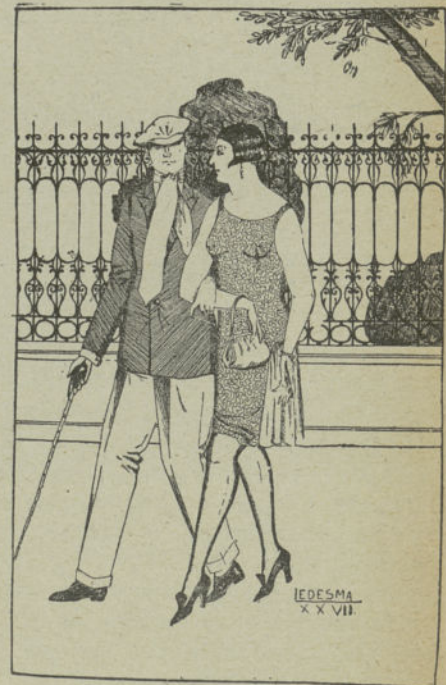
—Usted lo ha dicho, amigo mío: cuestión de lengua simplemente...

LEOPOLDO BEJARANO.

A LOS CORRESPONSALES DE “COSQUILLAS”

TODA LA CORRESPONDENCIA AL APARTADO

— 8.03 —



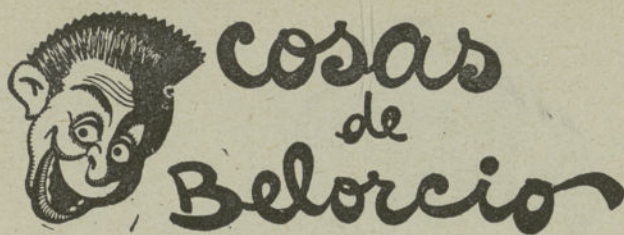
Ella.—Ya he tenido cuatro novios; tú eres el quinto.

El (aparte).—¡Pues te voy a resultar un veterano.



REIVINDICACIONES FEMENINAS 1927, por Demetrio.

- ¡Ay, mamá; estaba deseando llegar a casa para deshojar esta margarita!...
- ¿Vas a preguntarle si te casarás pronto?
- No; voy a preguntarle si mi marido se molestará porque yo p^ase alguna noche fuera de casa.



La muerte de Fritz

¡Pobre Fritz!
 ¡Qué chulo era!
 Se murió.
 ¿Cómo fué?
 ¡Ah!
 ¡¡¡Horrible!!!
 Se dice que todo el que la diña
 expele el alma por la boca, ¿no?
 Bueno, pues a Fritz no fué por
 la boca; fué por la...
 ¡Por la primera papilla que me
 dieron que no acierto a explicarme!
 Vamos a ver.
 Fritz estaba bueno.
 Fritz había gustado todos los dul-
 ces venenos del amor. Desde la pa-
 sión romántica con su secuela de
 versos, suspiros entrecortados y pe-
 llizquitos fraudulentos, hasta el
 amor violento con la mujer ar-
 diente y celosa que le provocaba es-
 cenas como ésta.
 —¡Fritz, te has retrasado tres
 minutos! ¿Dónde has estado?
 —¡Oh, cariñosa amante tora
 mía, carramba! Sa ha estado el
 tramfía que se tardaba de fenir-
 se!...
 —¡Mentira!
 —No sa astá mentirra, bresiosa
 muquer...
 —¡Mentira!... ¡Tú has estado
 con otra! ¡Déjame que te mire!
 ¡A ver las manos! ¡A ver la ro-
 pa!... ¿De qué son estas man-
 chas?...
 —¡Ah, carramba! Antoneses estas
 manchas sa astán del desayuno que
 yo ma ha tomado de pie moi mo-
 cho bresibitariamente bor fenirme
 bronto, bensando a ti...
 —¡Mentira, Fritz, mentira! ¡Tú
 ya no me amas!... ¡¡Tú tienes otro
 lio!!
 —¡Oh, no. For Dios, cariñosa
 muquer! ¡No ta estés tú breocupa-
 da ni bestia, carramba! ¡Yo ta soy
 más fiel que el begueño perito que

tú le silbas y él te saca su begueña
 lengua sonrosada!...

Lo que no había conocido jamás
 Fritz, fué el amor de una insaciable...
 Precisamente el pobre se
 quejaba de todo lo contrario.

Su temperamento de hombre
 fuerte, optimista y bien nutrido,
 rechazaba todo decaimiento.

¡Cuántas veces se me quejaba de
 ello!

—Mirra, Pelarsio—me decía—,
 la muquer a Esbaña es moi mo-
 cho de la delikatesse... Se me lan-
 guidesen a seguida. Ninguna se me
 sale gomo mi rubia Elsa, carramba,
 que desbués de una noche to-
 ra ella de amor, sa ma cogía un ca-
 tarro y sa ma iba a la fuente. Y
 entre cántarro y cántarro ¡aún to-
 dafía me bedía de mis carrisias!
 A Esbaña no sa astán muquerres
 así...

De esto se dolía el desventurado,
 ¡hasta que conoció a Baldomera!
 Una gachí, berrenda en negrales,
 con dos ojos a la vista como dos
 patadas en los aledaños del botón
 umbilical, un cuerpo como para son-
 reírse del diplomático y un ansia
 de... ¿cómo diría yo?, un hambre
 de... Bueno, ¡qué se pasaba las ho-
 ras muertas en el corral viendo al
 gallo!

La primera entrevista con Fritz,
 provocó el entusiasmo del fogoso
 alemán.

—¡Bor fin, tropesé con la mu-
 querr sñada!—me dijo.

—¡Tropesaste?

—Tropesé y nos caímos todos
 los dos. Ha tardado yo sinco horas
 en lefantarme...

—¡Caray!

—¡Esto sa astá una miuquerr y
 no la borquerría de las otras! ¡Es-
 to sa astá una muquer fuerte tora
 ella! Yo ma astoy felís.

Y comenzó a ponerse ojeroso y
 a perder carnes.

Sus sesiones con Baldomera eran
 mucho más movidas que las muni-
 cipales del antiguo régimen. Y de
 ellas salía el pobre Fritz con la mi-
 rada relampagueante y las piernas
 desarticuladas... Iba menguando,
 afilándose...

—Fritz, te estás matando...

—De custo, sí.

—Fritz, rompe esas relaciones.

—¡Oh, carramba! A estas rela-
 ciones yo ya no ma tiene nada que
 romper...

La última tarde que le acompa-
 ñamos hasta la puerta de su Baldo-
 mera, el pobre Fritz no era ni su
 recuerdo. Su pescuezo surgiendo
 del cuello, daba la sensación de un
 palillo clavado en una anchoa...

A las ocho horas volvimos a bus-
 carle y en vano llamamos a la puer-
 ta. Un ruido de hierros que crujen
 a compás y una voz, un hilillo de
 voz que carraspeó débilmente:
 “¡Asberrarme, carramba..!” “Pe-
 ro, ¿te vienes o no, Fritz, que nos-
 oros nos vamos?” “¡A... a... ah-
 rra mismo!”

Fueron sus últimas palabras. Al
 día siguiente mandó abrir el juez la
 puerta del cuarto. Baldomera había
 huído.

Y allí, sobre el lecho hecho tiras,
 emergía un par de calcetines verdes,
 una masa negruzca como doscientos
 gramos de mojama...

¡¡Era Fritz!!

¡¡Pobre!!

BELORCIO.

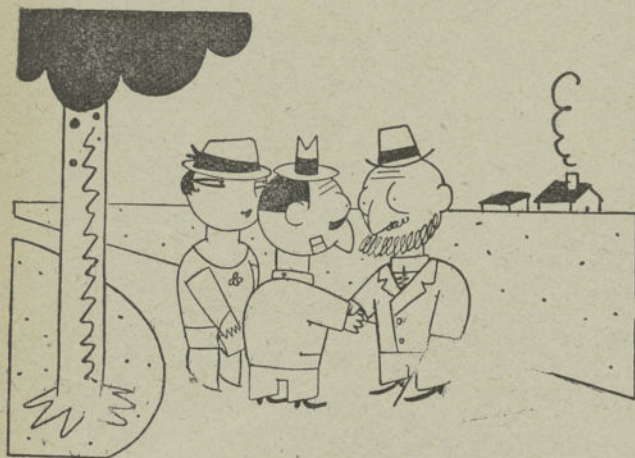
En el número próximo: “Fritz,
 en el otro mundo”.

Nuestro próximo número extraordina-
 rio de Primavera, será la novena ma-
 ravilla, y un poco de congosto.

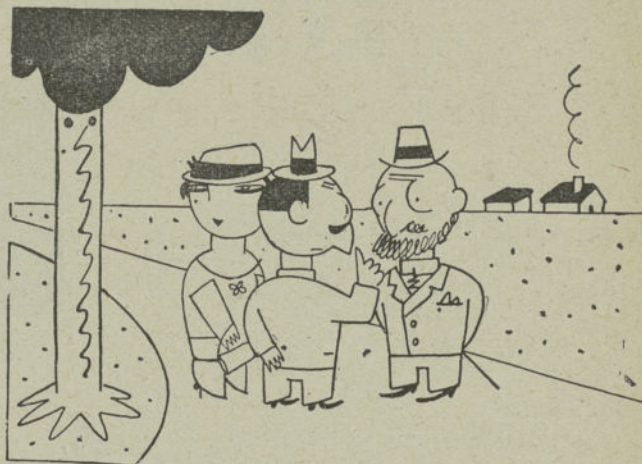
Virilidad perfecta

instantánea, sin medicamentos.
 «SECRETO FAUST», infalible
 ¡aun septuagenarios! Envío plie-
 go cerrado, 0,25. Escribid
 Apartado 1.236. Madrid

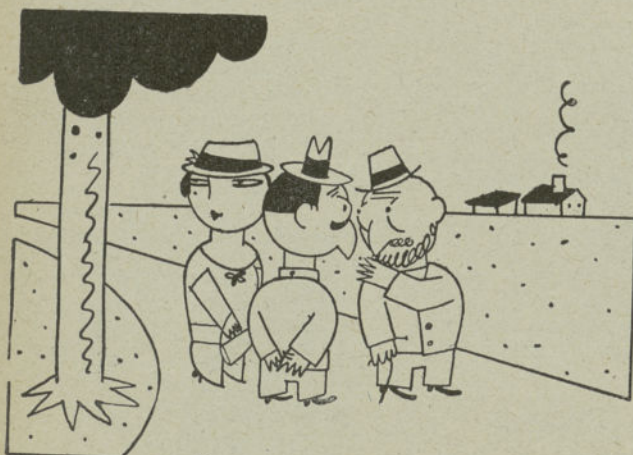
LA RECETA, por Mihura



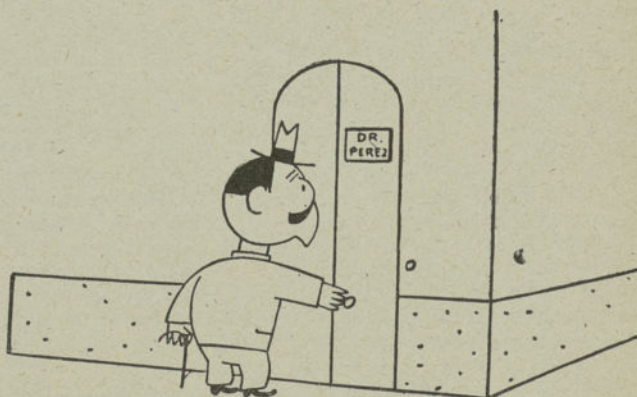
—Pues sí, doctor. Aquí dando un paseillo con mi señora.



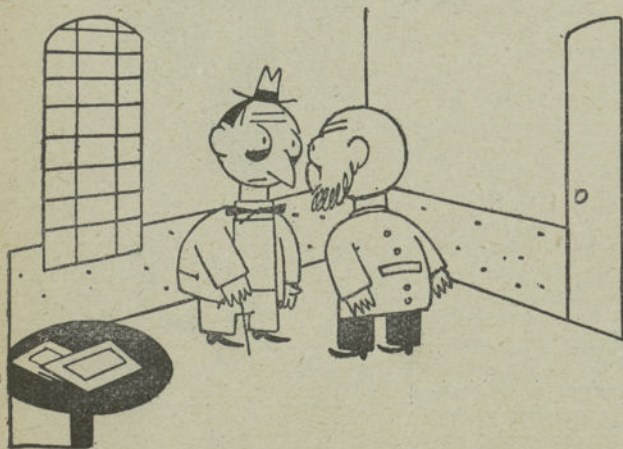
—Por cierto que le quería ver, porque hace días que tengo muchas ojeras.



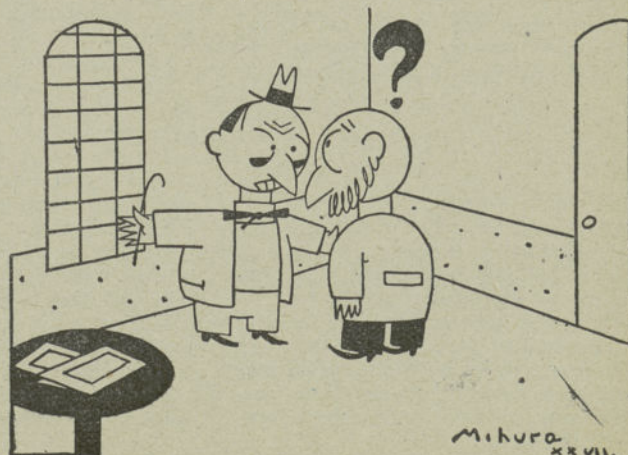
—Ya, ya. (Lo que debe hacer es no andar mucho con su señora.)



—Voy a ver qué me dice el doctor, porque desde que le vi me encuentro malísimo.

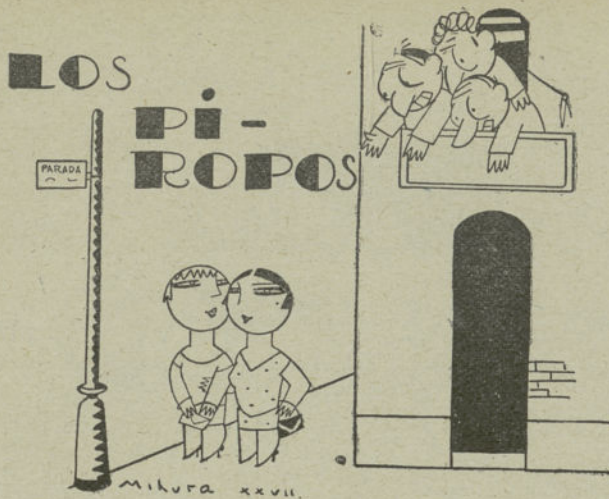


—¡Pero hombre! ¿No le dije que no anduviese con su mujer?...



—¡Y no doy un paso, doctor! ¡Hace un mes que no salimos del dormitorio!

Mihura xxvii.



"Quisiera ser la esterita que hay al lado de tu cama para que fuese mi cuerpo lo primero que pisaras".—Copia popular que canta con frecuencia mi criada mientras me cepilla los pantalones.

Para hacerse un buen gabán con trabilla y vueltas de piel, lo mejor es encargarlo en una sastrería.—EL AUTOR.

INTRODUCCIÓN

Esta semana les voy a hablar a ustedes del piropo y de la mujer.

¿Qué decir sobre el piropo?

¿Qué decir sobre la mujer?

¡Oh, es horrible!

Sobre el piropo hay que sacar una crónica.

Sobre la mujer también hay que sacarla.

Veamos cómo.

El piropo es una frase llena de espontaneidad que sale de los labios de un hombre adulando los encantos de una mujer.

La mujer es una cosa con caderas que se equivoca siempre cuando suma.

¡Oh, el piropo! ¡Oh, la mujer!

MI OPINIÓN SOBRE EL PIROPO

Yo nunca he echado un piropo a una mujer.

A un hombre tampoco.

Y es que esto, como jugar a la rana, me parece una idiotez.

Y fíjense ustedes bien por qué me parece esto.

Presten ustedes atención, que es muy interesante esta idea que se me ha ocurrido ayer, mientras desesteraba el gabinete de casa.

Si la mujer es bella verdaderamente y ella, como todas, lo sabe, decirla cada diez minutos: "Señorita, es usted muy bella"; me parece cometer igual

tontería que si yo tuviese un amigo farmacéutico y de cuando en cuando le dijese: "Manolo, usted es farmacéutico".

¡Sí!, ¡sí!, ¡Es lo mismo!

Y claro, mi amigo diría: "¡Este tío es idiota! ¡Vaya una cosa que me dice!"

¡Claro!

Y si por el contrario la mujer a quien echamos una flor es fea, y la infeliz lo sabe, decirla: "Guadalupe, es usted muy guapa", es, pongo por ejemplo, como si yo le dijese a un limpiabotas: "Paco, tú eres ingeniero de caminos, canales y puertos".

Mediten un poco sobre esto y lo comprenderán.

Yo hoy no tengo tiempo para explicarlo mejor, pero les aseguro a ustedes que la idea es interesante, como el estado corriente de una vendedora de décimos.

EL PIROPO Y LA ORIGINALIDAD

Además, en el piropo se carece de novedad.

Estamos agotados como después de haber ido al "cine" con una niña de diez y siete años sordo-muda y expresiva.

Y si no, reparen ustedes:

Piropos que emiten los jóvenes de diez y ocho años que estudian para marinos mercantes y tocan de oído el Es mi hombre en el piano.

—Es usted encantadora. ¡Qué ojos más bonitos tiene usted, y cada día está usted más guapa.

Idem, idem, los muchachos de veintitrés años que están colocados en la fábrica del Gas y usan tirantes:

—Tiene usted un tipo encantador. ¡Qué voz tan agradable tiene usted, y está usted monísima.

Idem, idem, los hombres de veintiocho que no están colocados en ninguna parte, pero que tienen mucha maña para hacer aparatos de galena:

—Vaya gachí. ¡Olé ahí las mujeres!, y ¡eso es movimiento!

Idem, idem, los caballeros de cuaren-

ta y siete, que fuman puros y proporcionan económicamente piedras para encededores:

—¡Debe usted expefer colonia! ¡Présteme una pestaña para poner una antena!, y ¡eso es andar con rotación!

Todo esto carece de originalidad.

Decir esto es ridículo, como montar en un tío vivo.

Hay que buscar cosas más nuevas.

VARIACIONES QUE YO PROPONGO ACERCA DEL REQUIEBRO

Todo el mundo que echa una flor a una mujer es para alabarla una cualidad. Y estas cualidades suelen ser la belleza, los ojos, la boca, la nariz, etcétera...

Es decir, cosas que ellas se tienen más que sabidas.

Y no es eso.

Debemos decirles algo que ellas ignoran y que les cause verdaderas sorpresas.

Nadie ha pensado que ellas, además de tener las facciones bonitas, tienen hígado, riñones, vientre y otras cosas igualmente interesantes.

Yo, para eso, he pensado este piropo:

—Su estómago, señorita funcionará normalmente, lo mismo que sus riñones, sus pulmones y su vientre.

¿Ven ustedes?



—¡Señorito, que me va a comprometer usted!

—¿Se llama ahora así?

Dib. de Ledesma.

Esto para ellas es una sorpresa agradable y agradecerán mucho que alabemos con ese entusiasmo sus funciones fisiológicas.

Otro del mismo género:

—Es seguro, señorita, que usted nunca tiene flato, y que por ese motivo no usará bicarbonato.

Luego, hay que buscar cosas que nadie les haya lisonjeado. Por ejemplo, todo el mundo les habrá dicho cosas de su pie pequeño, de su manera de andar y de su empeine. Pero nadie les ha dicho una palabra de sus talones.

Y esto es imperdonable.

Hay que requerearlos de esta manera:

—Debe usted tener unos talones como para despertar una pasión; con unos talones de ese estilo me metía yo a mozo de estación.

Y de las rodillas, igual:

—Señorita: la he visto una rodilla cuando se ha sentado usted en esa silla, y con unas rodillas como ésas. era yo capaz de limpiar mesas.

Y es indudable que estas cosas las agradecen las mujeres.

¡Agradecen estas cosas y doscientas pesetas en moneditas de dos reales!

MIGUEL SANTOS.

(Ilustración de Mihura.)



La señora.—Si viene un señor alto, bien vestido, supongo que ya sabe usted más costumbres al detalle.

La doncella.—Tanto como el detalle... lo que buenamente puedo ver por el ojo de la cerradura.

Dib. de Moliné.

Diccionario de COSQUILLAS

(CONTINUACIÓN.)

ANCA.—Lo que le mordería de buena gana a una niña que pasa todos los días por mi calle.

APOCADO.—Al que en el cine *hace las cosas* por encima del vestido; eso dice una amiga mía.

ABIERTO.—Lo contrario de cerrado.

AVARO.—Le llaman "ellas" al que no les da propina.

AMANTE.—El que la exige a palos. Además de darle el dinero, le llaman "nenito", "muñeco", "vida" y otras ricuras por el estilo.

ANDUVE.—Una cosa que hice hace tiempo detrás de una casada; pero el marido me paró en seco de un garrotazo en la cabeza.

ACHARES.—Procedimiento por el cual tratan de demostrarnos *ellas* que no están "por nuestros pedazos". ¡Pobrecillas! ¡Como si no supiéramos de sobra que, a pesar de todo, están "negras"!

ACHICAR.—Consúltese a un jugador de *subastado*.

ACHICHARRAR.—Lo que hacen algunas tías que tienen unos "clisos" más grandes que latas de sardinas. Le ponen a uno "morao".

ACHUCHAR.—En la Carrera de San Jerónimo o en la calle de Alcalá, al atardecer. Es muy divertido; pero, a veces, se encuentra uno con alguna de cuello vuelto.

ASCO.—Lo que dice un amigo mío—pricipiante él—que le da *después*; pero asegura que con perborol y un buen cepillo de dientes, no hay caso.

APETITO.—Una sensación rara que le pone a uno el *cuerpo* en estado de rigidez. Se experimenta frecuentemente contemplando un dibujo de Picó o de Demetio.

ALBERTO PÉREZ GARCÍA.

(Continuará.)

TODA LA CORRESPONDENCIA

AL APARTADO 8.032

De la historia de la Medicina



—¡Pues es muy bonito tu anillo de pedida!...

—¿De pedida? ¡Si no fuera más que eso!

Dib. de Picó.

Era el océano como una inmensa cama de matrimonio, donde el viento jugaba con *La Niña*, empujaba a *La Pinta* y hacía contonearse gallardamente a *Santa María*. El cielo, tachonado aquella noche por innumerables estrellas, parecía celebrar con íntimo holgorio el arribo a la costa desconocida de aquel puñado de valientes, capitaneados por Colón, el ilustre gallego, precursor del Jorge de *Marina*, y de Gimeno, ministro del ramo.

Lejos, las montañas del paisaje desconocido brindaban a los arriesgados nautas un paraíso lleno de encantos.

A los pocos días, en aquella fantástica ensenada de vegetación exuberante, el espectáculo era grandioso: los Padres de la Compañía de Jesús enseñaban a niños de varios colores el Catecismo; Colón regía aquellos destinos en nombre de los Reyes Católicos, Isabel y Fernando; Antonio de Escosura, contraamaestre andaluz, mostraba a los naturales los misterios del canto hondo y la escuela rondeña.

El resto de la tripulación se pasaba el día tomando café, viendo jugar a los monos y probándose con fruición una americana tras otra, para sustituir al caluroso tabardo castellano.

Las americanas fueron el éxito real del fantástico viaje; aquellos hombres rudos y valerosos, acostumbrados al vaivén del mar bravío y a la lucha en corso, se mecían bajo el verde plátano, el dorado cocotero, la dulce guayaba o la aromática caña del azúcar en los brazos tostados de aquellas incas, descendientes del sol; mujeres ardientes, que ponían en sus caricias ese ardor tan americano, que habían de conservar en su día el chocolate y el café de los bares.

El licenciado Enema, médico de la expedición recomendaba prudencia y recato; mas el clima tropical es un excitante genésico de primera fuerza.

Hasta Colón, el viejo nauta, curtido por los aires marinos, no pudo sustraerse al ambiente completamente, y no era extraño verle en los lánguidos atardeceres del trópico en mangas de camisa con una americana en cada brazo.

Mas América les guardaba un desagradable secreto: en la sangre hirviente y lujuriente de aquellas mujeres bullía con apasionante fruición ese bichito en forma de sacacorchos, que los moderns hombres de laboratorio bautizaron con el sobrenombre de "treponema pálido" por su color debido a su mala vida, de noctámbulo, hombre de cabaret y mujeriego.

El mal creció entre la tripulación; las tres naves se vieron atacadas. Colón, hombre avizor, lo notó por *La Pinta*; todos sus marineros, pálidos y ojerosos, tenían

en la cara y el cuerpo unos manchones rojo oscuros, que les daba un aspecto simpático de leopardos.

Colón volvió a España en sus galeones cubiertos de gloria; entre el oro de América traía los gérmenes de un nuevo mal; la tripulación, dolorida, pensaba en el cambio de clima para alivio de sus fiebres.

Ya en España, los Reyes recibieron al feliz descubridor con el regocijo que era de esperar. *La Nación*, de Buenos Aires, tiró un número homenaje de 3.000 páginas. Colón fué hecho soci de honor del Centro de Galicia; las agasajadas tripulaciones repartían entre sus amistades collares de perlas, anuncios del Cafeto, plátanos y bubas.

Mas, ¡¡qué importaba una do-

lencia más!!, si el viejo Colón traía un tesoro. Esto pensaba gozoso el buen Fernando el Católico, mientras contemplaba en el puerto las gloriosas carabelas; el triunfo era *La Pinta*; *La Niña*.. estaba hecha una mujercita.

FELIX HERCE

**FOTOGRAFIAS
SELECTAS: RARAS
Hermosas colecciones**

10 pesetas en sellos de Correos o giro.

Escribid a **Excelsior**, Poste Restante Central.

BORDEAUX (Francia)



COSAS DE LA PRIMAVERA, por Bellón.

Ella.—¿Qué es lo que dice usted?
El viejo.—Que te estoy muy agradecido, porque al verte... ¡Vamos, que te debo un resurgimiento inesperado!



Charlas de Incórdiez

No gano para sustos

¡Estoy fecundado de tanto batallar por el mísero *ragú!* No hago más que trabajar y sostener la palmatoria a unos y otros, total, para mantener en inestable equilibrio mi plaza de payaso... ¡Pero no me quiero poner *penoso!* ¡Qué masculinidades en elemento de ensalada!... Mi obligación y mi deseo es hace-

ros pasar el rato, y ya estoy con la cara embadurnada, dispuesto a contaros cosas que son verdad, pero que es conveniente enmascarar con la careta de la broma... ¡Adelante, señores, adelante; "COSQUILLAS", que es la más divertida revista del Universo, no cuesta más que 0,30! ¡Comprad la revista "COSQUILLAS" y corresponderéis al esfuerzo de cuantos hacen la revista, y ayudaréis a Incórdiez el ya viejo payaso!

* * *

La instantánea la tomé hace unas noches en el estrecho pasillo de un teatro: Las dos más bellas y dieciséisabrileñas segundas tiples, se visten juntas en uno de los numerosos y estrechos cuartos que tienen acceso por el pasillo en que me encuentro hablando con el maestro Marquina (que por cierto, va a armar un alboroto dentro de muy poco, que se va a hacer *eso* la perra).

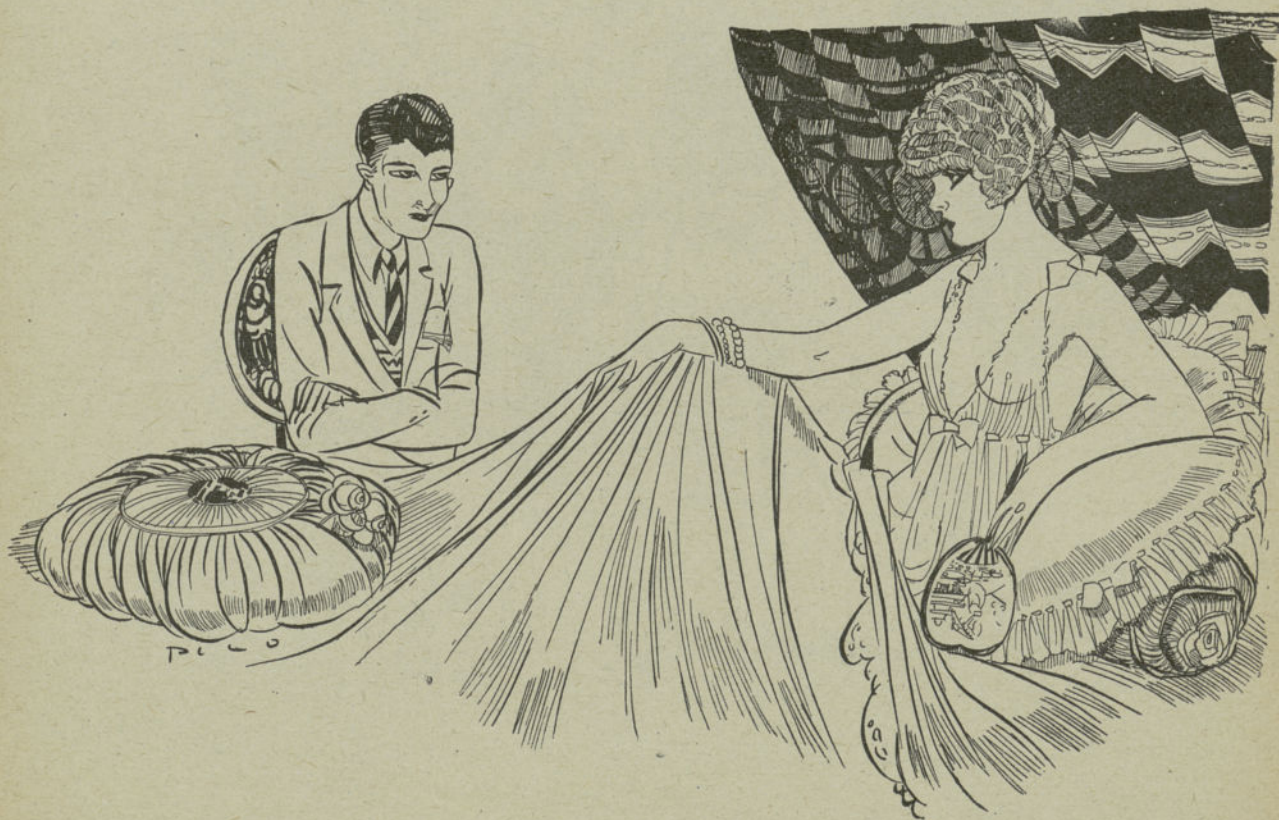
Mientras hablo con Marquina en el estrecho pasillo observo que una de las puertas, la que está a su espalda, está levemente entreabierta, ésta corresponde al cuarto de las monísimas a que me refería antes. Yo no podía ver por la estrecha raya de luz, más que la gentil figura de una de las señoritas en un semidesnudo tan perfecto, que la *Maja desnuda* de Goya, quedó convertida en mi imaginación, en un guardia recostado.

Con el mayor disimulo sigo mirando mientras me habla el aplaudido músico, y de pronto tengo que contenerme para no dar un salto.

La guapísima muchacha tiene tres manos; no se equivoca mi vista, son tres manos: Con una sostiene una polvera; con otra se empolva la cara con una gran borla, y... se acabó el cuento.

Vuestro hasta la perifrasis,

INCÓRDIEZ.



Ella.—Es usted guapísimo. ¿Y dice que es la primera vez que entra en la alcoba de una mujer?... ¡Pues se va a enterar usted de cómo se sale!



ESTA SEGURA, por Picó.

—¿Tú estás segura de que tu marido te es fiel?

—¡Tan segura!... Como que por desgracia suya, no puede ser otra cosa

MAÑANITAS DEL RETIRO

Mayo: primavera... alegría... triunfo del amor, las rosas... y alguno que otro lila.

Mañana riente, jocunda, llena de luz de sol.

Las frondas verdequeantes del Retiro dejan escapar de entre su bosque el lirismo de los pájaros cantarines que hacen de las copas de los árboles pabellón de sus conciertos; la brisa, impregnada de suaves olores, lleva al alma optimismos y ansias de vida.

Hemos pasado junto a la pátina azulada del estanque, manchada a trozos por las hoy gráciles lanchas que las surcan al compás de los pesados remos; el sol barbotea sobre ellas inflamándolas de roja aureola, recostando sobre el espejo verdinegro del agua las siluetas de tal cual pareja que *pasea sus amores marinos* por el aspirante a lago ginebrino.

Al embocar una glorieta célestamente amparada por la lujuriosa vegetación que la rodea, ha



—Veo que tiras hoy el guante.

—No te extrañe; es que vengo del "cine".

Dib. de T. M.

llegado a nuestros oídos el casca-beleo jocundo y sanamente alegre de unas risas femeninas... ¿Acaso niñas que juegan como gorriones revoltosos? ¿Mujercitas madrugadoras que acuden estas mañanas domingueras a solazarse al Retiro olvidando el diario y agotador ajetrete de los talleres y fábricas donde agostan sucedáneamente su juventud y su belleza? ¿Cohorte de modistillas picantemente coquetue-las que han organizado la *jira campestre* al amparo de la brisa vivificante y de la vegetación celestina de este sano pulmón de Madrid?... Desembocamos en la glorieta... Sí; son modistillas. Se las conoce a la legua. Modistillas madrileñas de pasacalle zarzuelero, morenas en su mayoría, de ojos pícaros y bocas insinuantes, prestas a la loca carcajada... Van tocadas con esas toaletas genuinamente modestas pero atractivas, patrimonio de las hijas de Madrid mitad chulas mitad duquesas y van a que las toquen no con toaletas precisamente.

Han formado comparsa amigable y dicharachera con una colección de pollos bien que huelen que atufan al ramo de lencería, sedería y tal, y en su pimpante camaradería han ideado un juego infantil y divertido para ellas que resulta mucho más divertido para ellos. Juegan a la *gallina ciega*.

Un bigardón de cerca de dos metros de altura, vestido un si es o no es (que sí es) ridículo por querer ser elegante hace de *gallino ciego*. El tuno que, a pesar de la recta venda que cubre sus ojos, ve más que siete tiene un tacto policiaco para *equivocarse* eligiendo víctima.

Cada vez que se arranca, entre explosiones de risa, elige a la más rellenita y pinturera, y tras de un examen *ocular* que dura más que cualquier examen para el cuerpo de correos abandona con pesar el cuerpo elegido, proclamando un nombre ajeno al de la interesada para repetir el parcheo inocente, mientras ellas, ingenuas, alegres y jubilosas ríen el equivoco y se burlan de la *candidez* del pollo ciego que aunque no lo parezca tiene un ojo en cada dedo.

Alguna vez, el que hace de ga-



LEDESMA.
XXVII.

—Hoy ya me he fumado cinco: Un egipcio, dos de Gijón y dos de Madrid.

Dib. de Ledesma.

llina, cansado de ciertas posturas de volátil, acierta para dejar el puesto al compañero, según acuerdo preconcebido. Entonces, ajeno al juego procura descansar con alguna de sus anteriores víctimas, perdiéndose entre los recovecos de los paseos y lo intrincado de la vegetación. En aquellos paréntesis le interesa demostrar a su galante pareja que aunque propenso a hacer de ave de corral no tiene de gallina más que las posturas.

FIDEL PRADO

PREPARENSE A ADQUIRIR EL PRIMER TOMITO DE LA BIBLIOTECA DE "COSQUILLAS". 30 CENTIMOS EJEMPLAR



Club Incórdiez del Casino Primitivo. Manzanares.

REGLAMENTO

Artículo 89. El Club que se crea bajo la semidivina advocación de INCÓRDIEZ, tiene por objeto fomentar entre sus socios la golfemia, evitar en los mismos ataques de uremia, y ayudarles en sus posibles viajes a Bohemia; y *miá* por donde viene a cumplir una misión más regeneradora que el *Paz* necesario a su presidente honorario, INCÓRDIEZ, para que le crezca el pelo.

Art. 4.º Para formar parte de este Club, no se necesita tallarse ni dar el perímetro, pudiendo ser asociado del mismo todos los seres que tengan manos, patas, quedando prohibido a sus socios el uso de apéndices córneos.

Art. 26. Para ingresar en el Club, es preciso que los solicitantes acrediten saber coger con decencia una toquilla, estando permitidas las gabardinas, como prendas de abrigo, y las merluzas, como alimento.

Art. 10. Todos los dignos ciudadanos que hayan pasado más de noventa y nueve años en la cárcel, no podrán solicitar su ingreso en este Club.

Art. 64. En el seno de esta corporación se permitirán todos los idiomas, hasta el del carretero, advirtiéndose a sus asociados que *non deuen faser uso follón de las suas lenguas, por cuanto va en descrédito de si mesmos. On parle français. Spikina inalisu. Parlate italiano. Si parla catalán. Chlalamamosakfkgz kannelofidoidess. Seblaha al vesre.*

Art. 1.142. Se prohíbe a los socios del CLUB INCÓRDIEZ, estornudar, regoldar, soltar la red, estirarse, hacer píldoras nasales, llamar a Dorota, utilizar los dedos como moneda mercurial y demás cosas que están reñidas con la moral de un pueblo culto y civilizado.

Art. 2.º Para realizar sus fines culturales esta sociedad organizará bailes, veladas teatrales, espectáculos de variedades, "cine" a manos limpias, corridas de toros, vacas (cuando la autoridad

lo permita), idas de cabras, guateques, ágapes, excursiones cinegéticas a casa de la Tomellosera y adláteres, sermones, partidos de "foot-ball", riñas de pollos "peras", partidas de julepe, "machts" de boxeo y nada "machts".

Art. 32.000. Este club se constituye a base de elementos masculinos, machos, sin adulteraciones.

Art. 7.º Todos los socios del Club tienen los (mismos) derechos, aunque cada uno de su tamaño, no habiendo por tanto más que socios ordinarios.

Art. 30. Los socios de esta clase devengarán una cuota mensual de cincuenta céntimos.

Art. 65. Se admitirá además otra clase de socios, que satisfarán una cuota mensual de dos pesetas. Esta categoría o jerarquía de asociados, se designará con el nombre de protectores, y queda reservada para los casados, inútiles y demás personas de categoría inferior.

Art. 230. Todas las clases de socios satisfarán como cuota de entrada una peseta.

Art. 40. La Junta Directiva queda facultada para imponer a sus consocios las multas que crea convenientes por infracciones a este reglamento, y las siguientes particulares:

x) Multa de 0,20 pesetas, por llegar al domicilio social después de las dos y cuarto por la tarde y nueve y media por la noche.

h) Multa de 0,10 pesetas por omisión de saludo a la llegada y salida del socio al domicilio social, entendiéndose que el dicho saludo debe hacerse colocando la mano derecha en la cabeza superior, por la parte trasera y en sitio visible, moviendo con soltura los dedos como dátiles agitados por el aire, y sacando la mano izquierda del bolsillo del pantalón, lo que evita enfermedades del pecho.

m) Multa de 0,25 pesetas, por no asistir durante las sesiones de la tarde o noche al centro de reunión de la Sociedad.

p) Multa de una peseta, por ir a deleitarse en la contemplación del tejido adiposo del presidente del Casino de Manzanares, en los salones de este centro de recreo.

Art. 14. Los socios llamados protectores están exentos de toda clase de multas, excepto las gubernativas.

Art. 6.750. La Junta Directiva tiene derecho a exigir a los socios por todos los medios el pago de las multas, pudiendo llegar hasta la coacción y la muerte de multado; no siendo responsable de estas medidas más que ante la Ley, pero nunca ante el Club.

Art. 635. La recaudación obtenida por multas y cuotas mensuales y de entrada, se destinará a cubrir las necesidades sociales, y el sobrante, si lo hubiere, a la celebración de guateques mensuales, previo acuerdo en Junta general.

Art. 412. El Club podrá prestar a

sus socios cantidades menores del 20 por 100 de su activo. Si el socio es persona de solvencia, bastará para entregarle el préstamo un simple recibo firmado por el mismo. Si no lo fuera, se le obligará a prestar fianza hipotecaria para asegurar el cumplimiento de la obligación.

Art. 91. Las cantidades que se den a préstamo devengarán un interés de cinco por ciento (diario), pues la sociedad combate la usura y sólo quiere favorecer a sus asociados en sus necesidades particulares.

Art. 100. Quedan exceptuados de este número todos los socios que posean buena nariz.

Art. 69. Reservado para las señoras que ingresen en el Club, y prohibido terminantemente a sus socios.

Art. 77. Los señores socios que quieran realizarlo, que saquen el dedo y lo enseñen a la Directiva.

Art. 400. Los individuos que deseen ingresar como socios lo solicitarán en jocosos escritos dirigidos a la Directiva.

Art. 606. Esta Sociedad compadece muy de veras, tirándose al suelo con perruno llanto, al socio desdichado que por no escribir su nombre con Don, se vea precisado al uso de este artículo.

DOMICILIO SOCIAL

Artículo 17. El domicilio social del Club será el Casino Primitivo de esta población, yendo vinculado el primero al segundo.

DE LA JUNTA DIRECTIVA

Artículo 9.º La Junta Directiva estará compuesta de un presidente, un vicepresidente, un secretario, un vicesecretario, un tesorero, un contador y unos 4.000 vocales elegidos por la Junta general.

(Continuará.)



—Señorita: Me ha producido tan buen efecto, que por usted me siento niño de pecho.

Dib. de Passigli.

Barcelona en pyjama

El amor es cosa seria

Conchita, un buen día, desapareció de la órbita de la vida galante barcelonesa. Brilló unos meses, unos días, en el cabaret, en el music-hall, y desapareció.

¿Dónde estará Conchita? ¿Qué habrá sido de ella?—nos preguntábamos nosotros con cierta tristeza.

Conchita fué muy buena y gentil con nosotros. Pródiga de su gentileza, supo ser una amiguita—una novia—encantadora. Un día quiso cocinar en honor nuestro. Las chicas como Conchita no suelen brillar en el arte de Brillat Savarin.

Conchita que, naturalmente, no era una excepción de la regla, nos sirvió un pollo, al que antes de asado había lavado con jabón "Flores del Campo", que es el jabón que usan con preferencia las cupletistas.

Conchita es menuda y bonita como un juguete que los hombres estropean a veces. De todas maneras, ella sabe vengarse y dejarnos hechos unos zorros. Conchita es el arquetipo de la mujer de cabaret: alegre, loca, imprevisora, jerguista, pródiga de su cuerpo. Lo ha vivido todo, lo ha probado todo, y de todo ha salido con una risa nueva en los labios.

Ahora se ríe también al contarnos su última aventura. Como la Primavera y el jerez de González Byas se han confabulado contra la amable criatura, ésta, en la cálida intimidad de su alcoba, se ha quedado en estampa de "La Vie parisienne": los zapatos, las medias, la camisa, que apenas la cubre el regazo, y el sombrero.

Conchita ha vuelto al cabaret después de una ausencia de un par de años. A Conchita "la retiraron", "la pusieron piso". Para eso fué preciso que, como si se tratara de una Sociedad comercial, se reunieron dos señores muy conocidos en el mundo de los negocios. Gordos los dos, ricos, gracias a la guerra—¡esos idiotas pacifistas que estancan el comercio, la industria y la navegación!—, tenían automóvil, una villa en Sitges o en Caldetas—emporios de la complacencia y el gusto depravado—y querían además tener "querida".

Los dos respetables varones celebraron una conferencia, en la que se dijeron mutuamente cosas tan sustanciosas y peregrinas como las siguientes:

—Puesto que nos hemos decidido a lanzarnos a la vida desenfundada de la orgía, hagámoslo con tino y circunspección. Para ser orgiástico es necesario tener "querida". Pues bien; busquemos una querida. Pero busquemos, no una para cada uno, sino una para los dos. Los celos son sentimientos indignos de un comerciante serio. Nosotros no podemos sentir celos uno del otro. Además, con una sola querida, nos ahorra-

mos unos miles de pesetas al mes. Y el ahorro es la base de los negocios saneados.

Dos seres tan superiores y exquisitos se comprendieron inmediatamente. También en la elección de la víctima estuvieron de acuerdo. Después de visitar durante quince noches los cabarets de Barcelona—que, dicho sea de paso, son tan aburridos como los de Madrid—, optaron por llevarse a Conchita, por retirarla de la circulación.

A medias pagaron la instalación del piso, a medias pagaron los lujos de la chiquilla... y a medias se solazaron y en Conchita se cobraron los dineros desem-

bolsados. Uno de los amantes iba los lunes, miércoles y viernes a *visitar* a la amorosa criatura. El otro iba los martes, jueves y sábados. El domingo, Conchita descansaba. Para dar gusto a sus nuevos amigos, se puso en las tarjetas:

CONCHITA S...

Sociedad en comandita.

Y en las paredes de su alcoba, unos cartelones avisaban: "Sed breves". "Vuestros minutos son tan preciosos como los nuestros". "El tiempo es oro", etcétera, etc., etc., etc.

LUIS CAPDEVILA.



A LO PEOR, OCURRE, por Picó.

La abuela.—¡Pero mujer; eres insaciable para modernizarte!

La niña bien.—¡Qué quieres abuelita! Pues todavía no estoy satisfecha.. Lo que yo daría por que me creciera el bigote!



Cuentos al oído

Un prodigio

Don Antonio, el esposo, quería un hijo; doña María, la esposa, deseaba una hija; su madre, doña Filomena, anhelaba un nietecillo o una nietecilla, que alegrara los últimos días de su vida; y su hermana, Claudia, suspiraba por un sobrinito sobre el que poder derramar las llamaradas de sus besos ardientes.

La naturaleza, sin embargo, se opuso a los deseos de todos de una manera tenaz. Todas las noches, don Antonio y doña María pusieron cuanto estuvo en sus manos—y quien dice manos puede decir otra parte cualquiera del cuerpo—para conseguir tan lícito fin. Esto les hizo quedarse casi en los huesos, andar descrecidos y lánguidos, con la mirada errática, con el color pajizo, con las manos trémulas, y sin resultado alguno práctico. Sus anhelos, al fin, hubieron de amortiguarse poco a poco; pero el sacrificio de sus esperanzas no se efectuó sin que les quedase en lo más profundo de su alma un sedimento de pena y, además, un poco de odio del marido contra la mujer y de la mujer contra el marido por achacar cada uno a su compañero el fracaso de sus ansias.

En la ancha casa—dilatada casa pueblerina de espaciosas estancias, grandes corredores y enormes patios y corrales—se fué diluyendo un ambiente de malestar, una bruma de melancolía. Don Antonio, en la mitad de sus negocios solía sentir de súbito una irreprimible desgana, un invencible cansancio.

—¿Para qué tanto afán?—somormujaba entre dientes dando de mano a su labor.

Y se sumergía en el casino a jugar, a beber acaso para ahuyentar la idea fija del hijo imposible.

Doña Antonia, a su vez, juzgose íntimamente vencida por la vida cruel, que había esterilizado sus entrañas. Para hacer más soportable su amargura, recurrió a la devoción y así, acompañada de su madre, pasábase casi todas las tardes en la iglesia, de la cual se le contagió una triste penumbra en las pupilas, una intensa y cética marchitez en las mejillas, un constante temblor de preces y suspiros en los descoloridos labios.

Claudia, la hermana por casar, era la que sufría menos con aquel contratiempo. Sus amigas, sin embargo, cuando la

veían acariciar frenéticamente a algún pequeñuelo, solían decirle:

—Pero ¿qué hacen tus hermanos que no te proporcionan un sobrinito?... ¿Acaso no escriben a París pidiéndolo?

—Ya lo creo que lo piden—replicaba ella.

—¿Entonces?...

—Es que resulta detestable el servicio de correos y se deben perder las cartas.

—Pues díles que las certifiquen...

Durante este diálogo u otro parecido, en los ojos y en los labios de las interlocutoras evolucionaba la malicia con deliciosos chispazos y mohines.

Claudia, después, al encontrarse de nuevo en su hogar, viendo las caras nacilentas y lacias de su madre y de sus hermanos, por fuerza había de perder su natural alegría; sentíase impregnada de la tristeza ambiente, bajo la cual todas las palabras sonaban frías

y taciturnas como en la oquedad de una cueva húmeda de llanto.

Pasó y repasó el tiempo. Y, de pronto, he aquí que, por ministerio de unas viejas parientas, doña Virtudes y doña Dulce, supo la familia que había surgido en el cielo cristiano un nuevo santo, llamado San Expedito. El triunfo de este santo fué fulminante. Apenas descubierto ya llenó de milagros y prodigios el ámbito del mundo. En todas partes se le erigieron altares y sus devotos fueron legión. Al otro extremo de la provincia, en lo más intrincado de un monte, habíasele ocurrido no sé a quién alzar una ermita en su honor. En seguida había brotado entre unas peñas cercanías un manantial, cuyas aguas, siendo de una maravillosa eficacia para numerosas dolencias, lo eran doblemente para hacer fecundas a las estériles. No se podían contar los casos de entrañas florecidas en maternidad por el que todo el mundo llamaba ya "Manantial de San Expedito". Doña Virtudes y doña Dulce porfiaron tanto diciendo loores de aquellas aguas, que acabaron por convencer a toda la familia para que se encaminaran al famoso monte.

—Por probar nada se pierde—decían todos los labios al partir.

Y la esperanza, aunque contenida, tornaba a encender luminarias en las apesaradas pupilas.

Quince días estuvieron en el monte, quince días que fueron una delicia. Se



El viejo.—Señorita: es inútil que tarde tanto en estirarse la media delante de mí, porque yo, hace más de diez años que no me acaloro por nada.

Dib. de Soler.



¡CONTRA LA HONRA, NO!, por Bellón.

Ella.—¡Eso que has dicho que me dijiste en el palco del "cine" es mentira! Tú en el "cine" no pudiste decirme nada, porque en todo el rato estuviste sin poder hablar.

instalaron en una casita rústica, cerca de la ermita y del manantial. Por la mañana, en cuanto rayaba el alba, los despertaban los pajarillos con sus locas greguerías. Durante la jornada correteaban de un lado para otro pasmándose ante las cosas más sencillas del campo que, con la primavera, lucía todas sus esplendentes galas. Y, al anochecer y aun después de anochecido, se embebían en la suave dulzura de los crepúsculos y en la honda paz de la naciente noche. Don Antonio andaba como loco, como ebrio de placer, encendido el rostro y ardientes los ojos; doña María se había despojado de su pesadumbre y, rejuvenecida, sentía a su lado súbitos sobresaltos deliciosos; Claudia, por su parte, brincaba y saltaba, se tendía sobre la hierba menuda, se hundía entre los matorrales espesos, chillaba y clamaba sin motivo. Parecía una encantadora faunesa.

A decir verdad, apenas se acordaron de San Expedito, objeto principal de su ida al monte. Exceptuóse de este olvido doña Filomena. Sabía la respetable anciana que, no aquella felicidad pasajera, sino la felicidad de toda la vida, consistía para sus hijos en darle un nieto y, como ella no podía vagar por el monte, pasábase la mayor parte del tiempo, por la mañana y por la tarde, en la ermita, a ratos sentada, a ratos postrada de hinojos, impetrando siempre, mientras no se dormía, con hondo fervor:

—¡Oh, San Expedito bendito! ¡Compadécete del duelo de una pobre madre y da un hijo a mi hija!... ¡Mi pobre hija sería tan dichosa con él!...

En la humilde ermita entraban libremente los pájaros y loqueaban por todas partes. La anciana, de vez en vez, seguía los juegos de las avecicas con

sus ojos cansados, en tanto que sus exangües labios acumulaban preces sobre preces.

Todos, al fin, hubieron de regresar al pueblo. Día triste aquel en que se despidieron del monte abrumado por mil campestres perfumes.

Cierta tarde, las caducas doña Virtudes y doña Dulce dormitaban en la sala de su casa. Hacía ya un calorillo casi veraniego, que invitaba a la somnolencia. Cuando más aletargadas se encontraban, irrumpió de pronto en la penumbrosa estancia doña Filomena. Alzóse el velo que la cubría el rostro y dejóse caer sofocada en una silla.

—¿Qué pasa?—le interrogaron a una las dos viejas.

Por toda contestación, doña Filomena comenzó a solozar ruidosamente. Al cabo pudo hablar.

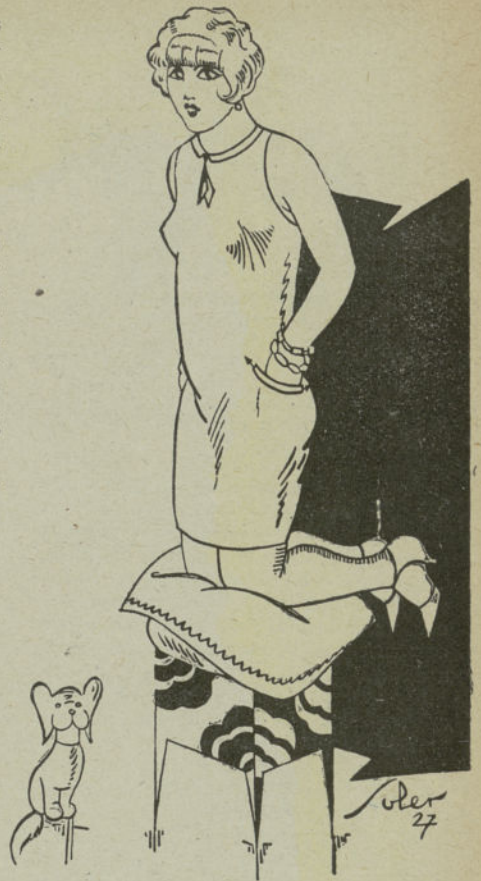
—¡Una gran desgracia, hijas mías, una gran desgracia!—dijo con acento desgarrador—. ¡Mi hija está embarazada!...

Las dos viejas se miraron entre sí y luego miraron a doña Filomena. Doña Dulce, sin poder contenerse exclamó:

—¡Pero, hija!... ¿Y a eso le llamas una gran desgracia?... ¿Acaso estás loca?... ¿O lo estamos nosotras?... ¿No era precisamente eso lo que habíais ido todos a pedir al glorioso San Expedito?... ¿No anhelabais todos también precisamente que María y Antonio tuviesen sucesión?... ¡Y ahora que se ha conseguido el prodigio vienes con la canción de que es una gran desventura!...

Doña Filomena, cada vez más excitada, se reconcomía sobre el asiento, se retorció las manos ganchudas, se enjugaba las rendijas de los ojos humedecidos. Tras de intentar hablar de nuevo reiteradamente, logró al fin hacerlo, aunque de un modo deshilvanado.

—¡Ay, amigas mías!... ¡Ay, amigas mías!...—dijo—. Yo sólo soy la culpable... ¡Yo sola... Durante nuestra estancia en el monte, me pasé enteros todos días dentro de la ermita implorando del milagroso santo: "Da un hijo a mi hija, San Expedito!... ¡Da un hijo a mi hija!..." El santo, bondadoso,



ADVERTENCIA, por Soler.

—¡Que el perro es de porcelana!, ¿eh?

atendió mi ruego; pero como yo no me explicaba claramente, sin duda se confundió, y en lugar de otorgar el hijo a la casada se lo ha otorgado a la soltera!... ¡A mi Claudia!...

Hubo en la sala un gran silencio. Luego, de pronto, las tres ancianas comenzaron a gemir a un tiempo.

—¡A la soltera!... ¡A la soltera!...

Un gato que había sobre una consola, quedósele mirando de hito en hito. No se explicaba aquella tragedia...

JOSÉ A. LUENGO.



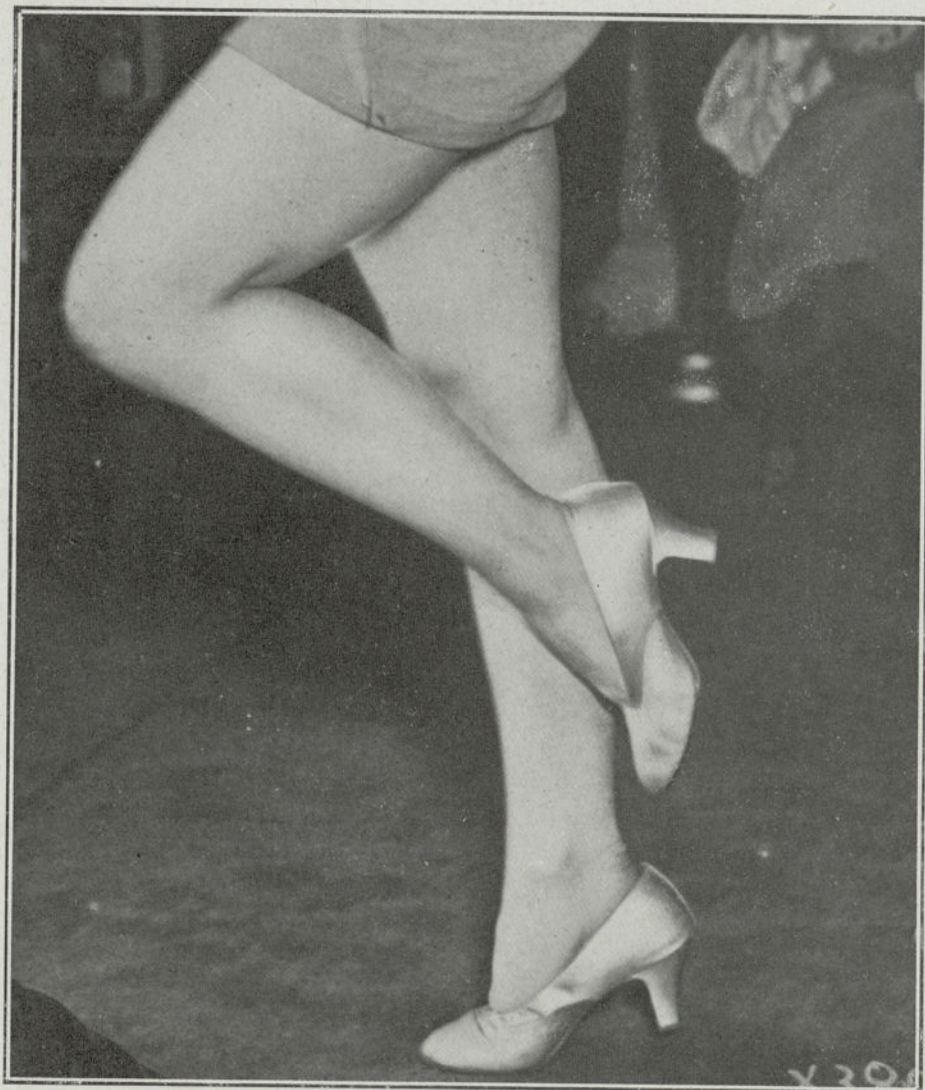
—¡O me obedeces, o hemos terminado!

Dib. de Herreros.



MARIA PREVOST, la encantadora actriz norteamericana, en el gracioso *vaudeville* cinematográfico titulado "En las habitaciones de Mabel".

Foto Julio César.



CONCURSO DE PIERNAS,
PRIMERAS ZONAS DEL
MUSLO Y PINRELES